

Productos tóxicos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: fotografía © Mercedes Rancaño Otero / iStock

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Andreu Martín y Joan Miquel Capell, 2026

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-97-4

Depósito legal: M-3.506-2026

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Andreu Martín
Joan Miquel Capell

PRODUCTOS TÓXICOS

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

*En memoria de nuestro querido e inolvidable Louis Díaz,
de sus risas, sus anécdotas, su energía,
su determinación y su vida aventurera.
Escribimos esta novela pensando en ti, amigo*

PRIMERA PARTE

Operación Mandri

Polis en una discoteca

Entramos primero George Faz y yo, que íbamos a supervisar la operación.

Detrás venían los seis agentes involucrados.

La cabo Reme, Jordi, Agustí, Daniel, Josep y Elvira. Fuera se habían quedado Félix y Carmen, junto a la Yamaha, vigilando los dos coches que habíamos tenido que dejar mal aparcados encima de la acera. Los dos habrían querido entrar en la discoteca para estar en primera línea; Félix se quedó rezongando porque se sentía discriminado, como siempre; y Carmen, pálida, alta y atlética, temible con su cazadora negra de cuero con tachuelas, me dirigió una mirada punzante, como si nunca jamás pensara perdonarme la afrenta.

Elvira era la más discotequera. Menuda, risueña y juvenil, iba comentándole a Josep, con esa solemnidad que ella identificaba con el comportamiento de un policía: «Todos tenemos una misión que cumplir, y la de ellos es vigilar los coches». Era muy graciosa. La llamaban la «Letrada».

En las primeras salas no había demasiado jaleo. Música agradable y relajante, y grupos de gente sosegada de mediana edad y risas estrepitosas de vez en cuando para demostrar que aún estaban en el mercado. George Faz y yo dábamos la imagen de tipos aburridos y necesitados de compañía femenina. Descendimos una escalinata y nos sumergimos en un tanque de estruendo. La música era perturbadora, cargada de un ritmo de bajos como una serie interminable de mazazos en la cabeza, en el pecho y en el corazón. En la pista, bailarines

enloquecidos, con los ojos cerrados o tratando de encontrar complicidades, saltando de un pie al otro, compartiendo entusiasmos y coreografías y tocamientos o aislándose en experiencias místicas indescriptibles.

George Faz había advertido a los chicos:

—Estaréis en un ambiente adverso, premeditado para aturdiros, para que perdáis contacto con la realidad, para no pensar ni comunicarse; y tenéis que ser conscientes en todo momento de que estáis cumpliendo una misión, de que debéis conservar la lucidez y estar atentos a lo que os rodea, sin perder contacto los unos con los otros.

Faz y yo nos acodamos en la barra, rodeados por una multitud muy joven, muy apretujada y muy animada. Él pidió una cerveza; yo, un refresco.

Observamos la entrada de nuestros seis agentes por parejas. Agustí y su inalterable sentido del humor. Detrás de su media sonrisa, supuse que se escondía algún comentario del estilo de «qué cantidad de tías, ¿por qué no pasamos de todo y nos dedicamos a ligar?». Jordi, contenido y concentrado como si estuviera haciendo algún cálculo mental y temiera perder la cuenta, sacudía la cabeza como siempre, como diciendo «este Agustí es de lo que no hay». El malcarado Daniel siempre pegado a la cabo Reme, delgada, fibrosa y de movimientos sincopados. Todos sabíamos que Daniel estaba deseando morrarse con la cabo Reme —aunque solo fuera para fingir que iban de novios— y que ella no se lo iba a permitir de ninguna de las maneras. Siempre estaban igual. Incluso se habían hecho apuestas sobre si Daniel conseguiría o no su objetivo. Y al fin el formal Josep, «Sant Josep», que parecía seminarista, y Elvira la Letrada. Todos tratando de localizar entre la aglomeración a un hombre con gorra de los New York Yankees y un pin de la DEA.

Avanzaban tranquilamente, sin prisas, como buscando a los amigos con los que habían quedado. Daniel abrazando a una

Reme resignada, como enamorados; Josep y Elvira de la mano como pareja ya consolidada. Jordi y Agustí, que parecían dos golfos buscando rollo, se habían detenido en la barra de arriba para pedir consumiciones y entraban ya con los vasos en ristre. Di por supuesto que eran una Coca-Cola y una tónica, sin nada de alcohol.

—Fingiréis que coqueteáis —les había dicho Faz—, o que habláis de fútbol, o de mujeres, o que buscáis rollo, pero solo lo fingiréis, porque tenéis una misión que cumplir y debéis dedicarle toda vuestra atención, con los cinco sentidos alerta.

—No son todos tus hombres, ¿verdad? —me preguntó acodado en la barra.

Era el responsable de la delegación de la DEA en Madrid,

—No —respondí—. Unos están ocupándose de la seguridad de los Juegos Olímpicos y otros en Girona, investigando una intoxicación masiva. —Frunció el ceño, interesado—. Ciento sesenta y tres personas hospitalizadas. La mayoría fulminados después de probar la carne en el comedor de la fábrica donde trabajaban.

George Faz silbó para demostrarme que le parecía un caso terrible; enseguida cambió de tema:

—Echo de menos a Pau Palau. Se llama así, ¿no?

Sonreí con cierto orgullo. Pau Palau, que era sargento como yo, de mi misma promoción, había impresionado a los agentes de la DEA desde el primer día, como impresionaba a todo el mundo. Había cursado la carrera de Farmacia y la de Derecho antes de incorporarse a la Policía Autonómica y en aquellos momentos dirigía la unidad de Consumo del área de Salud Pública, a mis órdenes. Alimentos, bebidas alcohólicas, aguas embotelladas y demás. En su primer encuentro con los norteamericanos había demostrado que sabía casi más que ellos sobre drogas, su elaboración y legislación. Además, su ademán hierático y arisco no dejaba indiferente a nadie.

—Pau Palau —respondí— ya nació enseñado. —Nos reímos—. Él es el que lleva el operativo de Girona. En sus ratos libres, mientras no le piden que vaya a vigilar las instalaciones olímpicas.

Los seis agentes seguían escrupulosamente las consignas que George Faz les había repetido tantas veces en el curso de formación. Estar siempre de cara a la puerta de acceso, procurando controlar a todo el que pasara por delante, y no dejar nada sospechoso detrás; llevar siempre moneda fraccionaria en los bolsillos por si había que hacer una llamada telefónica urgente; pagar la bebida en el mismo momento que el camarero la servía, y tratar de no llamar la atención por la manera de vestir o de comportarse. Y el arma reglamentaria, un revólver Astra de seis disparos, en la funda de la pierna, bien disimulada dentro de la pernera o en la cintura de los pantalones, a la espalda.

Fueron el casto Josep y Elvira la pizpireta quienes localizaron al hombre de la gorra de los New York Nets con un pin de la DEA. Ella se volvió hacia donde sabía que estaban sus compañeros y se pasó los dedos por la frente como si le doliera un poco la cabeza. Era la señal de objetivo localizado.

George Faz también nos había enseñado ese sistema de comunicación gestual que resultaba imprescindible en un ambiente como aquel, donde la estridencia de la música hacía inútiles los *walkie-talkies* y donde resultaba imprudente el uso de auriculares delatores. Un código de señales visuales que exigían la atención constante entre los miembros del equipo.

Aquel movimiento convirtió a Elvira en la líder del grupo. Ella tenía que mantener el control visual directo sobre el objetivo. El resto tenían que dar un paso atrás y seguir atentos.

—No pueden estar viendo al *target* todos al mismo tiempo —les había explicado Faz—. Al objetivo lo controla quien va

delante, y el resto del equipo tiene que confiar en él. De esta forma, si el tipo se siente vigilado, solo muerde a uno. ¿Lo entendéis?

El hombre de la gorra de los New York Nets estaba solo, apoyado en la barra de la terraza, donde no había tanto alboroto, y parecía absorto en la contemplación de la espectacular vista de la gran Barcelona. Llevaba gruesas gafas de miopía, pelo rubio y lacio, americana azul y camisa blanca con el cuello desabrochado. Bebía lo que parecía un *gin-tonic*. Se llamaba Larry Sawyer. Acababa de llegar de Madrid y ninguno de mis agentes lo conocía.

Minutos después, la despreocupada y seductora Elvira se rascó la cabeza, o se arregló algún detalle del peinado. Con el gesto pedía el cambio de orden en las parejas de vigilancia. Como no vi motivo, supuse que solo era un ejercicio para poner a prueba la movilidad, la atención y la eficiencia de sus compañeros. Ella y Josep se disolvieron en el movimiento enloquecido de los danzantes de la pista y se desplazaron hasta las escaleras ascendentes, desde donde controlaban la salida y a Daniel y a Reme, que estaban junto a la puerta de los servicios, zona considerada eminentemente estratégica.

Jordi y Agustí pasaron a ser los líderes y avanzaron hasta que pudieron observar al objetivo desde la misma barra que él, acodándose un poco más allá.

Una mujer muy atractiva, de piel bronceada y media melena oscura, vestida de blanco y negro y con zapatos de tacón de aguja, se acercó mucho a Larry Sawyer de una manera demasiado provocativa, imprudente, y le pidió fuego.

—¿Y esa? —preguntó Agustí.

Hasta el momento, habíamos hecho las prácticas con personal de Base, donde más o menos todos nos conocíamos o nos teníamos vistos. Aquella mujer en blanco y negro no tenía pinta de funcionaria, ni siquiera de funcionaria disfrazada.

Era la primera vez que contratábamos a alguien para que nos echara una mano. Una manera de poner a prueba la capacidad de observación de nuestros chicos.

Sawyer la miró distraído, de soslayo, casi despectivo, y se volvió para quedar frente a ella. Muy cerca los dos, tanto que le resultó bastante incómodo encender el cigarro que la mujer le acercaba. A pesar de todo, Larry Sawyer lo hizo. Ella sujetaba el pitillo entre dos dedos de la izquierda; él utilizó la derecha para acercarle la llama del mechero. Se miraban a los ojos. La mano derecha de la mujer quedaba oculta entre su cuerpo y la barra.

Jordi hizo un gesto significativo dedicado a Daniel y a Reme. Se había producido el contacto esperado. El bolsillo izquierdo de la chaqueta de él.

Excelente. George Faz y yo intercambiamos una mirada de satisfacción. No habíamos podido engañarlos.

La mujer sonreía y agradecía el fuego. Larry Sawyer sonreía y eludía la oportunidad de ligar. La mujer hacía un gesto de renuncia y decepción, se despegaba de la barra y continuaba su camino hacia la salida.

Elvira dejó a Josep en su punto de observación y salió de la discoteca. Reclamó la atención de Félix y Carmen, impacientes junto a la Yamaha. En cuanto vieron a su compañera, se pusieron los cascos, a punto para entrar en acción.

El hombre de la gorra de los New York Nets echó el último trago a su *gin-tonic*, consultó la hora en su reloj de pulsera y llegó a la conclusión de que tenía que empezar a moverse.

La mujer en blanco y negro salió, espectacular como una actriz de cine, al movimiento de gente y vehículos que llenaba la calle.

Elvira hizo un gesto de apariencia casual que quería decir «Es esta: adelante». El objetivo femenino fue a buscar un Seat berlina que había aparcado un poco más abajo.

La Yamaha fue tras ella. Conducía Carmen. Félix iba de paquete, rezongando.

—A ver qué día conduzco yo.

—Yo llevo la chupa de cuero —replicó la amazona.

Un par de segundos después salía del local Josep, y Elvira ya lo esperaba al volante de uno de los coches. A partir de ahí, ya podían comunicarse por radio con los de la moto y desarrollar la estrategia para seguir los pasos de la mujer y averiguar dónde vivía.

El hombre de la gorra con aquellas letras NY que parecían pictogramas chinos cruzó la pista de bailarines poseídos camino de los servicios. Daniel y la cabo Reme continuaban coqueteando junto a la puerta. Él le tocaba la cara a ella, ella rehuía la caricia y le daba en los dedos («*cuidao* esa mano»), y se reían como auténticos enamorados. Larry Sawyer entró en los lavabos y detrás de él se colaron Daniel, Jordi y Agustí. Reme cerró el paso de unos jóvenes que iban detrás.

—Estos lavabos están fuera de servicio temporalmente. Vayan al de señoras y disculpen las molestias.

—Pero ¿qué dices?

A la cabo Reme le sobraban recursos para mantenerlos a raya.

Dentro de los lavabos, Agustí puso su mano enorme en el centro de la espalda de Larry Sawyer y lo empujó contra el urinario.

—¡Eh!

—Acaba de mear tranquilo, pero que sepas que estás detenido.

Daniel, entretanto, vaciaba el lavabo de curiosos con la ayuda de la placa y de su mala leche.

—Fuera, fuera de aquí. No nos deis problemas. Policía.

Larry Sawyer protestaba en inglés:

—*What the fuck, man?!*

Jordi y Agustí, arrolladores, ya habían metido la mano en los bolsillos del que meaba y habían sacado una bolsa de plástico transparente llena de un polvo blanco, como harina. Era harina.

—Mira qué tenemos aquí.

—¡Eh, no, un momento!

—Estás detenido, yanqui.

El yanqui ya había terminado de orinar, se acababa de abrochar los pantalones y se encontró con las manos esposadas delante.

—¡Eh, que eso no es mío! ¡Alguien me lo habrá metido en el bolsillo sin que me diera cuenta!

—Ah, bueno, si te lo han metido en el bolsillo sin que te hayas dado cuenta, no hay problema —decía Agustí como si se lo creyera—. Iremos a comisaría, se aclarará todo y te soltaremos. No hay por qué preocuparse.

Agustí a la derecha, Jordi a la izquierda y Daniel detrás rodeaban al hombre esposado y salieron del lavabo tan rápida y discretamente como supieron. Reme se sumó a la comitiva, adaptándose a la zancada de sus compañeros.

Yo me disponía a seguirlos cuando George Faz me retuvo.

—Déjalos. —Hablábamos en inglés—. No conviene que los estemos controlando continuamente. Lo más difícil ya lo han hecho.

Más tarde pensé que deberíamos haberlos seguido. No era verdad que lo más difícil ya hubiera pasado. Y sí, era importante tener siempre controlados a los aprendices. Consideré que había sido un error dejarlos a su aire.

Reme se puso al volante del segundo coche. Daniel en el asiento de al lado, y detrás se instalaron Agustí y Jordi con el detenido en medio, un poco apretados los tres.

Fueron dirección la plaza Lesseps por República Argentina, recorrieron la Travessera de Dalt hasta la Ronda del Gui-

nardó, giraron a la derecha por Lepanto, recorrieron esta calle en dirección al mar y, en la esquina de Gran Vía, cuando se detuvieron en el semáforo detrás de la plaza Monumental, al otro lado de la avenida estalló una escena de violencia.

Un hombre agarraba del cuello a una mujer y, sacudiéndola como si fuera un títere, la tiraba sobre el capó de un vehículo aparcado. Boca arriba, la mujer pataleaba con revuelo de faldas y chillaba. Antes de que los policías pudieran reaccionar, el hombre ya había levantado el puño derecho y lo descargaba con saña bestial sobre el rostro de la víctima.

La cabo Reme puso la primera y cruzó el semáforo en rojo, clavó el freno junto a la pareja y saltó sin dudar. También Daniel, Agustí y Jordi salieron disparados para auxiliar a aquella persona que estaba siendo golpeada, y se formó una trifulca con el maltratador, que gritaba: «¡Dejadme, es mi mujer, no os metáis, no es cosa vuestra!».

Larry Sawyer no se lo podía creer.

Lo habían dejado solo, en el vehículo policial, con las puertas abiertas. Pensando que tal vez lo estaban sometiendo a alguna clase de prueba, se desplazó con cautela, pisó el asfalto con un pie, luego con el otro, mientras el machista desatado cargaba contra los policías y tenían que sujetarlo, al tiempo que la cabo Reme atendía a la mujer de rostro ensangrentado que lloraba de dolor, de humillación y de rabia, y llamaba para pedir asistencia médica.

El detenido probó poco a poco a alejarse del vehículo y del lugar de los hechos y, un segundo después, echó a correr y desapareció doblando la esquina más cercana.

Buscó la luz verde de un taxi libre. No se veía ninguno. Cuando distinguió un automóvil amarillo y negro, levantó los dos brazos para llamar su atención. Él solo quería levantar un brazo, pero iba esposado; «¡taxi!», y el taxi pasó de largo, porque iba ocupado y porque a lo mejor ni siquiera lo vio. Los

que sí vieron al fugitivo fueron los ocupantes del coche de la Guardia Urbana que iba a socorrer a la mujer maltratada de Lepanto y Gran Vía.

—¿Has visto eso?

—¿Iba esposado?

—¡Sí! ¡Iba esposado!

Se comunicaron con su central para comprobar que ya había otros compañeros que corrían a ocuparse del alboroto en la vía pública. Cuando les dieron el afirmativo, que el caso estaba cubierto por otros indicativos que se dirigían al lugar, maniobraron para perseguir al sospechoso. Le cortaron el paso. Le ordenaron que pusiera las manos esposadas sobre el techo del coche policial.

—¿Adónde va esposado?

En su castellano precario, Larry Sawyer trató de explicar que era policía como ellos («¿Policía? ¿Como nosotros?»), agente de la DEA, de la Drug Enforcement Administration, la Agencia Antidroga norteamericana («¿Ah, sí? ¿Agente de la DEA, nada menos?»), veterano de Vietnam («¿veterano de Vietnam también?»), que participaba en un curso de formación de la Policía Autonómica de Cataluña («¿Ah, sí?», la actitud de los agentes era cada vez más escéptica), y que estaban haciendo un ejercicio práctico en una discoteca («Ah, una discoteca, ¿eh?»), una simulación, y que lo habían detenido por llevar droga («¡Ah, lo han detenido por tenencia de droga!»), que no era droga, era harina («claro, claro, harina»). Quiso acreditarse con la documentación que llevaba en el bolsillo de atrás de los pantalones, pero los dos agentes de la Guardia Urbana no habían visto nunca carnets ni documentos ni tarjetas de visita como aquellos, con sellos dorados que hacían pensar en torpes falsificaciones, y por si acaso lo llevaron a las dependencias que la Guardia Urbana de Barcelona tiene en el paseo de la Zona Franca. Allí, dieron a Larry Sawyer la oportu-

tunidad de ampliar sus declaraciones, pero, al final, acabaron escribiendo en la minuta policial que los Mossos d'Esquadra lo habían detenido por el delito de tráfico de drogas en un ejercicio de prácticas y que, aprovechando una distracción de los agentes aprendices, se había escabullido.

— Si solo era un entrenamiento, ¿por qué se ha escapado?

— ¡Porque han dejado de vigilarme!

— ¿Y qué? ¿No dice que solo era un simulacro?

— Sí, pero tienen que saber lo que pasa cuando te distraes.

— Se han distraído por un delito real. ¡A esa mujer le estaban pegando de verdad!

— Quería ver cómo se comportaban.

— ¿Cómo se comportaban? ¿Cómo quería que se comportasen? ¿Son policías y tenían delante un caso de violencia de género! ¿Quiere decir que se portaron mal?

— Algún día, en la vida real, pueden encontrarse en una situación parecida. Un detenido y un caso de agresión. Tienen que aprender a gestionar la situación.

— ¿Y qué quiere decir? ¿Por custodiarle a usted, que iba de broma, tenían que dejar que pegaran a la pobre mujer?

Aquella noche el ciudadano americano y agente federal Lawrence Sawyer durmió en el calabozo.

Al día siguiente, el jefe de la Guardia Urbana de Barcelona, de nombre Delgado, llamó enfurecido al sargento mayor Trilla, como jefe de servicios especiales de la Policía Autonómica. Por encima de Trilla solo estaba el jefe del Cuerpo. Delgado exigía explicaciones de lo que había pasado con un agente de la DEA que corría esposado por la calle Lepanto. El sargento mayor explicó que, dado que la policía estatal no aceptaba que miembros de la Policía Autonómica de Cataluña pudieran hacer el curso de estupefacientes en sus dependencias de Canillas, la Dirección General había buscado otras alternativas para su formación. Por eso, se había firmado un convenio de

colaboración con los agentes de la Agencia Antidroga norteamericana destinados en la embajada a Madrid que, desde hacía un par de meses, impartían clases teóricas en el tercer piso del edificio del paseo Pujades, donde se encontraba la Dirección General, a base de vídeos, proyecciones de fotografías y clases prácticas por toda la ciudad.

Pocas horas después de esta conversación, era el gobernador civil de Barcelona quien telefoneaba a nuestro director general para quejarse enérgicamente de esas prácticas y formación. No podía ser —dijo de muy mala manera— que el Estado español no tuviera conocimiento de que unos agentes policiales extranjeros estaban instruyendo a nuestros efectivos.

Antes de mediodía, fue la propia cónsul de Estados Unidos en Barcelona quien llamó para informar a nuestro director de que no podíamos hacer más prácticas de aquel tipo por la ciudad y que teníamos que limitarnos a la formación teórica.

No nos lo ponían fácil, no.

Nada fácil.